

Por:

Red de voluntariado Caribe

Iniciativas de desarrollo y empoderamiento comunitario-IDEC

Cuando el territorio nos llama: voces jóvenes por la justicia socioambiental.

Hablar de voluntariado no es hablar solo de ayudar. Para nosotras y nosotros, el voluntariado nace como una respuesta profunda a la necesidad de encontrarnos como juventudes, de reconocernos como sujetos con voz, con pensamiento crítico y con la capacidad real de transformar nuestros territorios. Como diría María Mendoza, voluntaria del proceso hace 3 años en Fe y Alegría regional Caribe “Es la posibilidad de mantener los pies en la tierra, conectar con lo que somos y asimismo reflejarlo hacia los demás, desde el amor y el servicio”.

El voluntariado surge también como continuidad de procesos formativos que nos enseñaron que la participación no es un discurso, sino una práctica constante. Hoy somos un grupo de jóvenes diversos, con talentos en lo ambiental, lo social, lo educativo, lo comunicativo, que decidimos poner nuestras habilidades al servicio del bienestar colectivo.

(Equipo de voluntariado durante jornada de limpieza y cuidado del manglar en Cartagena.)



Nuestro trabajo se mueve entre barrios, escuelas, calles, reservas naturales y espacios comunitarios. Estamos presentes en territorios como Nuevo Paraíso, Fredonia, Las Américas y Olaya Herrera Sector Zarabanda, lugares donde las problemáticas sociales y ambientales se sienten con fuerza, pero donde también habita una comunidad dispuesta a resistir, a cuidar y a soñar. Allí acompañamos procesos, fortalecemos liderazgos y construimos acciones socioambientales con la gente, no para la gente, porque entendimos que el cambio real solo se construye de manera colectiva.



(La educación también se pinta de compromiso,

alegría y esperanza.)

Una de nuestras principales apuestas ha sido el cuidado del manglar, ese ecosistema vital que sostiene la vida, regula el clima, protege las costas y, aun así, sigue siendo uno de los más vulnerados. A través de jornadas de limpieza, recuperación y sensibilización, hemos aprendido que no se puede hablar de ambiente sin hablar de dignidad, de territorio, de derechos. También llevamos la educación ambiental a las escuelas, sembrando preguntas, conciencia y sentido de cuidado en niñas, niños y jóvenes que hoy empiezan a mirar su entorno con otros ojos.



(Recorrido en la reserva con estudiantes de la I.E. Fe y Alegría Las Américas – 29A Raíces que sanan, acciones que construyen otros posibles.)

Pero nuestro voluntariado no se queda solo en lo ambiental. La educación, el arte y el encuentro también son herramientas de transformación. Realizamos rumba terapia

como un espacio de bienestar emocional, cine comunitario como forma de encuentro con las niñas, niños y jóvenes, apoyo en bibliotecas, roperos solidarios, actividades recreativas, talleres de formación y capacitaciones en escuelas. En los círculos de mujeres abordamos temas de autocuidado, liderazgo, género y emprendimiento, fortaleciendo procesos donde muchas han encontrado un espacio seguro para hablar, aprender y reconstruirse.



(Rumba terapia con el círculo de mujeres de la biblioteca comunitaria Rayitos de sol, en el barrio Nuevo Paraíso. En el marco del 8M)

Cuando hablamos de justicia socioambiental, lo hacemos desde la experiencia. Vivimos en territorios donde las inundaciones, la deforestación, la contaminación y el abandono estatal afectan primero a las comunidades más vulnerables. Entendimos que no se puede cuidar el manglar si no se cuida a la gente que vive alrededor, que no se puede hablar de cambio climático sin reconocer la desigualdad social. La justicia socioambiental, para nosotros, implica exigir condiciones de vida dignas, un ambiente sano, acceso equitativo a los recursos naturales y un futuro en el que

no solo unos pocos puedan vivir con tranquilidad. Así lo expresa el voluntario Brailis Pestana cuando afirma: “La reserva es mi casa, es ese lugar seguro en el que puedo ser, en donde me conecto con la naturaleza y me inspira a componer y seguir en este camino, cuidando del Mangle, pero también transformando desde mi música”.



(Siembra comunitaria como acto de cuidado, conciencia y restauración ambiental.)

Nuestro impacto en la comunidad se ha sentido en muchas formas. Poco a poco, las personas han empezado a reconocernos, a confiar en nosotros, a vernos como una fuerza juvenil que acompaña, que escucha y que actúa. Hoy muchas madres comunitarias conocen nuestro trabajo, niñas y niños esperan nuestras actividades, jóvenes encuentran en el voluntariado un espacio para participar y crecer. Hemos promovido la empatía, el respeto, la sana convivencia y el cuidado del territorio. Ya no somos solo personas con chalecos, somos referentes de

liderazgo, de organización y de compromiso social.

Pero, así como impactamos la comunidad, la comunidad también nos ha transformado a nosotros. El voluntariado ha marcado nuestras vidas de maneras profundas. Nos ha ayudado a descubrir quiénes somos, qué queremos estudiar, qué lugar queremos ocupar en el mundo. Hemos vencido miedos, aprendido a hablar en público, a trabajar en equipo, a escuchar, a servir. Hemos viajado, conocido otras realidades, compartido con juventudes de otros territorios e incluso representado nuestras luchas en escenarios internacionales. Cada experiencia nos ha hecho más conscientes, más fuertes y más comprometidos con nuestra misión.

Hoy podemos decir que el voluntariado no es solo un espacio de acción social, es una familia, una red de apoyo, un lugar donde siempre hay algo por hacer y alguien con quien contar. Es un proceso que nos forma, nos reta y nos impulsa a creer que otros futuros sí son posibles. Sabemos que el camino no es fácil, que las problemáticas son grandes, pero también sabemos que cuando nos organizamos, cuando trabajamos juntos, cuando ponemos el corazón, somos capaces de transformar realidades, una acción, una comunidad y una vida a la vez.

Porque al final, el voluntariado no solo busca cambiar el mundo. Primero, nos cambia a nosotros. Y desde ahí, todo empieza a florecer.

Actualmente en el país, Fe y Alegría de Colombia acompaña a 193 voluntarias y voluntarios que donan su talento, capacidades y experticias al servicio de las niñas, niños, jóvenes y adultos mayores de los Centros educativos, comunidades y territorios donde Fe y Alegría tienen presencia.



(El voluntariado también se construye desde el encuentro, la amistad y el compartir.)